JULIO PAZOS BARRERA

Las fábulas de Juan León Mera Martínez

AEL
ENSAYO

Julio Pazos Barrera

(Baños de Agua Santa, 1944)

Poeta, docente, ensayista e investigador de la cultura culinaria del Ecuador.

Profesor Emérito de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador; profesor de la Universidad de Nuevo México en Albuquerque; Lector de tesis doctoral de la Universidad de Bergen, Noruega. Miembro de Número, Censor de la Academia Ecuatoriana de la Lengua y Miembro Correspondiente de la Real Academia de la Lengua Española.

Ha publicado 19 poemarios, entre los más destacados: *La ciudad de las visiones* (Premio Aurelio Espinosa Pólit, 1979); *Levantamiento del país con textos libres* (Premio Casa de las Américas, 1982); *Mujeres* (Premio Jorge Carrera Andrade, 1986). Su poesía cuenta con cuatro antologías: *Poesía (1971-2002)*; *Poesía Junta* (2007); *La invención del jardín* (2018); *Libro de las visiones* (2021). En 2010 se le otorgó el Premio Nacional Eugenio Espejo.

Entre sus libros como investigador: *Versos y dichos de la provincia de Tungurahua; Arte de la memoria* (cocina); *El sabor de la memoria, Historia de la cocina quiteña; Elogio de las cocinas tradicionales del Ecuador.*

En estos días prepara un *Diccionario de términos culinarios del Ecuador.*

ACADEMIA ECUATORIANA
CORRESP. DE LA ESPAÑOLA

Ministerio
de Educación

Julio Pazos Barrera

Las fábulas de Juan León Mera Martínez

AEL
ENSAYO

AEL
Programa editorial de la
Academia Ecuatoriana de la Lengua

Las fábulas de Juan León Mera Martínez
© Julio Pazos Barrera
Primera edición, 2022

144 pp.; 13,5 x 21 cm — (Serie Ensayo)
Imprenta: Gráficas Iberia
Tiraje: 500 ejemplares
ISBN-978-9942-42-977-3

Coordinación editorial: Academia Ecuatoriana de la Lengua
Corrección de textos: Prosar Productora de Medios
Diseño, diagramación: Gráficas Argenis
Ilustración de portada e interiores: Jean Pierre Reinoso

Esta publicación está cofinanciada
por el Ministerio de Educación del Ecuador

Toda reproducción total o parcial del estudio introductorio,
Las fábulas de Juan León Mera Martínez, deberá contar con
la autorización previa de Julio Pazos Barrera.

Comentarios y sugerencias:
a.ecuatorianadelalengua@gmail.com
www.academiaecuatorianadelalengua.org
Academia Ecuatoriana de la Lengua
Correspondiente de la Real Española
Calle Cuenca N4-77 y Chile (plazoleta de la Merced) – Quito, Ecuador
Código postal: EC170109
Teléfono: (593-2) 2570-782

Impreso en Quito, Ecuador

Julio Pazos Barrera

Las fábulas de Juan León Mera Martínez

AEL
ENSAYO

Índice

Las fábulas de Juan León Mera Martínez

Antecedentes 13

Apunte biográfico de Juan León Mera 22

El fabulario 25

Mera y Pedro Fermín Cevallos 27

La ponencia de Jorge Jácome Clavijo 31

Entre el neoclasicismo y el romanticismo 40

Referencias 45

Nota sobre los textos 46

Apéndices

Fábulas rescatadas 47

El lobo, la zorra y el halcón 49

El lobo con piel de oveja 51

El fabulista, el muchacho y la vela 53

El caballo liberal y el asno 55

El palomo y la paloma 57
Dos muchachas i dos libros 59
Las dos azucenas 63
El hortelano, al álamo y la vid 67
Los dos músicos 69
El cóndor y la alimaña 73
El río, el arroyo, el viejo y el niño 75
El asno, el caimán y la garza 77
La ordeñadora y el novillo 81
El buey, la cabra y el mono 85
El político, el muchacho, el halcón y el cernícalo 87
El mono, el burro y el elefante 89
El cuervo y la zorra 93
El gato goloso 95
El león y el falderillo 97
La mona y el boticario 99
El consejo de los animales 103
La avutarda 109
Los dos almendros 111
Los dos viejos, el muchacho y el perro 113

La perra chasqueada 115

La zorra y el espantajo 121

El árbol, las aves y los monos 123

El caballito de mil colores 127

El girasol y otra flor 129

Los dos mulos 133

El carnero, el cerdo y el gallo 135

El buitre i el cuervo 137

Las fábulas de
Juan León Mera Martínez

Antecedentes

El *Diccionario de la Lengua Española* define la fábula con estas palabras: «Del lat. *fabŭla.* 1. f. Breve relato ficticio, en prosa o verso, con intención didáctica o crítica frecuentemente manifestada en una moraleja final, y en el que pueden intervenir personas, animales y otros seres animados o inanimados».

La fábula literaria es un género menor del arte literario si se lo compara con la épica, narrativa, drama o poesía lírica. Su origen se encuentra en la literatura griega antigua. En el siglo VI a. C. se la identifica con Esopo: «cuyo recuerdo se llenó muy pronto de leyendas y de anécdotas de muy dudosa autenticidad y a quien se atribuían breves relatos en prosa con intención moral». (Martín de Riquer, 1976: 95). A Esopo se le atribuyen 400 fábulas; a modo de ejemplo se transcribe «La zorra y las uvas».

> En un día muy caluroso, una zorra sedienta se topó con un racimo de uvas grandes y jugosas que colgaban en lo alto de una parra. La zorra se paró de puntillas y estiró sus brazos intentando

alcanzar las uvas, pero estas se encontraban muy lejos de su alcance.

Sin querer darse por vencida, la zorra tomó impulso y saltó con todas las fuerzas una y otra vez, pero las uvas seguían muy lejos de su alcance.

Esta vez, la zorra se sentó a mirar las uvas con desagrado.

—Qué ilusa he sido —pensó—, me he esforzado en alcanzar unas uvas verdes que no saben bien.

Y se marchó muy, pero muy enojada.

La enseñanza alude a la pretensión de un individuo de alcanzar algo más allá de su capacidad y, al no lograrlo, no admite su derrota con un argumento de apariencia racional.

De Grecia, la fábula pasó a Roma. Del esclavo liberto Fedro (10 a. C.-50 d. C.), que imitó a Esopo, se dice que: «tras su finalidad moralizadora esconde una verdadera sátira de las condiciones políticas y sociales de su tiempo. La vida de Roma y las incidencias de la existencia del propio poeta aparecen veladas en estos diálogos y anécdotas de animales de tal suerte que Fedro puede alzar una voz de protesta en días en que es duro rebelarse, y esconder su actitud en una aparente poesía moralizadora». (Martín de Riquer, 1976: 148). Como en el ejemplo anterior, se trascribe «La zorra y el cuervo».

Como de una ventana un cuervo un queso
/robado
quisiera comerse, sentándose en un alto árbol,
lo envidió una zorra, luego así empezó a hablar:

"¡Oh, cómo es, cuervo, el brillo de tus plumas!
¡Qué gran belleza llevas en tu cuerpo y en tu
/rostro!
Si voz tuvieras, ningún ave superior habría".

Y aquél, mientras quiere también su voz mostrar,
de su boca abierta soltó el queso; rápidamente
la astuta zorra lo arrebató con ávidos dientes.

Solo entonces gimió el cuervo, burlado por su
/ estupidez.[1]

La moraleja quiere demostrar que la vanidad no conduce a nada bueno, pero, de la misma manera, que la astucia puede conseguir resultados favorables. Mucho más tarde, el género de las fábulas encontró un maestro en lengua francesa: Jean de la Fontaine (1621-1695), que compuso 243 fábulas.

Los ensayos y las fábulas del francés inspiraron a autores de otras lenguas. Insertaremos una fábula de la Fontaine.

[1] https://lasfabulas.org/fedro/la-zorra-y-el-cuervo/

Los ladrones y el asno

Por un asno hurtado dos cacos pelean:
Conservarlo uno quiere; el otro, vender.
Mientras los golpes pasean,
Y hállanse los campeones en defender,
Un tercer ladrón enfila,
Toma el jumento y desfila.
Pobre provincia a veces el asno es.
Y los ladrones son Príncipes,
Turco, húngaro, o transilvano; es
Que en lugar de dos, halléme tres.
Suficiente mercancía malhadada,
De ninguno es la provincia conquistada.
Un cuarto ladrón llega y los pone en curro
Para sí acordando el burro.[2]

No se debe agotar el tiempo en enfrentamientos porque, finalmente, se pierde el objeto de la pugna; un tercero y luego un cuarto se aprovechan del objeto, en este caso, de una pobre provincia que pasan a poseer el tercero y luego el cuarto. Es curioso este modelo, porque plantea un problema de carácter trivial que el fabulista convierte en una crítica a la política y a las ambiciones territoriales de la Europa de su tiempo.

Autores españoles del siglo XVIII practicaron el arte de la fábula. Fueron contemporáneos Tomás de Iriarte

[2] Traducción de Alfredo Espinosa C., 2022.

(1750-1791) y Félix María Samaniego (1745-1801). Iriarte nació en Puerto de la Cruz (Tenerife). Estudió en Madrid. Se ejercitó en traducir del francés y del latín. En 1782 editó *Las Fábulas Literarias,* libro que contiene 76 fábulas. Una muestra es la siguiente:

La fábula VIII
El burro flautista

(Sin reglas del arte el que algo acierta, acierta
/por casualidad).

Esta fabulilla,
salga bien o mal,
me ha ocurrido ahora
por casualidad.

Cerca de unos prados
que hay en mi lugar,
pasaba un borrico
por casualidad.

Una flauta en ellos
halló, que un zagal
se dejó olvidada
por casualidad.

Acercóse a olerla
el dicho animal,
y dio un resoplido
por casualidad.

En la flauta el aire
se hubo de colar,
y sonó la flauta
por casualidad.

«¡Oh!», dijo el borrico,
«¡qué bien sé tocar!
¡y dirán que es mala
la música asnal!».

Sin reglas del arte,
borriquitos hay
que una vez aciertan
por casualidad.

(Iriarte, 1963: 15-16)

Esta fábula es una alabanza al neoclasicismo literario. Los preceptistas del siglo XVIII, racionalistas, atribuían la belleza de los textos literarios a la aplicación de «reglas del arte». Curiosamente, en esta fábula, un dechado de reglas, el verso que se repite al final de las estrofas y en la última es un recurso rítmico que podría resultar monótono, si no fuera por la intención exclamativa de la penúltima estrofa, aquella de la «música asnal». La fábula cumple con una moraleja desabrida que si algo tiene de arte es precisamente la casualidad.

El más afamado fabulista español es Félix María Samaniego. Nació en Laguardia de la provincia de Álava. Estudió en Francia y falleció en 1801.

En 1781 publicó la primera edición de *Fábulas en versos castellanos para el uso del Real Seminario Vascongado*. La versión completa constó de un prólogo y nueve libros, que incluyeron 157 fábulas. En la edición de 1985, la autora de la introducción, María Victoria Reyzabal, hace este apunte con respeto a la métrica utilizada por Samaniego: «entre las formas métricas al uso, prefiere la silva y [...] los versos endecasílabos y heptasílabos [...] y juega libremente con la rima. [...] Samaniego da a la versificación valor de apoyatura mnemotécnica. Destacan las llamadas por Navarro Tomás 'estrofas aliradas', de la que fue buen difusor; un ejemplo es la fábula *La lechera*». (Reyzabal, 1985: 33)

Fábula II
La Lechera

Llevaba en la cabeza
Una lechera el cántaro al mercado
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado,
Que va diciendo a todo aquel que lo advierte:
«¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!»
Porque no apetecía
Más compañía que su pensamiento,
Que alegre la ofrecía
Ynocentes ideas de contento.
Marchaba sola la feliz Lechera,
Y decía entre sí de esta manera:
«Esta leche vendida,

En limpio me dará tanto dinero,
Y con esta partida
Un canasto de huevos comprar quiero,
Para sacar cien pollos, que al estío
Me rodeen cantando el pío, pío.
Del importe logrado
de tanto pollo mercaré un cochino;
con bellota, salvado,
berza, castaña engordará sin tino,
tanto, que puede ser que yo consiga
ver cómo se le arrastra la barriga.
Llevarélo al mercado,
Sacaré de él sin duda buen dinero;
compraré de contado
una robusta vaca y un ternero,
que salte y corra toda la campaña,
hasta el monte cercano a la cabaña».
Con este pensamiento
Enajenada, brinca de manera
Que a su salto violento
El cántaro cayó. ¡Pobre Lechera!
¡Qué compasión! Adiós leche, dinero,
Huevos, pollos, lechón, vaca y ternero.
¡Oh loca fantasía!
¡Qué palacios fabricas en el viento!
Modela tu alegría,
No sea que saltando de contento,
Al contemplar dichosa tu mudanza,
Quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa
De mejor o más próspera fortuna,
Que vivirás ansiosa
Sin que pueda saciarte cosa alguna.
No anheles impaciente el bien futuro;
Mira que ni el presente está seguro.

(Samaniego, 1985: 60-61)

En la escuela primaria se leía esta fábula y se la ilustraba con lápices de colores. La moraleja que extraía tal o cual profesor era de que no se debían hacer castillos en el aire y que siempre era importante atender a la realidad, interpretación que peligrosamente atentaba contra el don de la imaginación.

Apunte biográfico de Juan León Mera

Nació en Ambato el 28 de junio de 1833. Su padre, el quiteño Antonio Mera abandonó el hogar y a su esposa, Josefa Martínez. Mera creció al cuidado de su madre y de su abuela, María Juana Vásconez. No asistió a la única escuela que funcionaba en Ambato. Las primeras letras las aprendió en el hogar y luego, con su tío Nicolás Martínez inició sus estudios de gramática, aritmética y álgebra. La abuela arrendó una quinta y un molino en la margen derecha del río Ambato, junto a la parroquia de Atocha. Mera alternó con los niños indígenas que con sus padres acudían al molino, oportunidad que le facilitó el aprendizaje de la lengua quichua.

En 1852, viajó a Quito para recibir clases de pintura del conocido artista Antonio Salas. Se le atribuye, de este periodo, un San Juan, pintado en honor de su ciudad natal, San Juan de Ambato; en la Casa de Montalvo se guardaba un libro de acuarelas.

Pero fue la literatura en sus varios géneros la que se convirtió en el centro de su actividad creativa. En Baños de Agua Santa, en 1854, inició su leyenda *La Virgen del sol*, que se publicó en 1861. En el prólogo de este libro se encuentran las ideas de su programa romántico,

aunque a largo de su extensa obra retorne a un teórico neoclasicismo. El tomo *Poesías* se publicó en Barcelona en 1858. En 1863, editó la *Hojeada histórico-crítica de la poesía ecuatoriana desde su época más remota hasta nuestros días* y, en 1853, una segunda edición se imprimió en Barcelona. Esta *Hojeada*, después del ensayo de Pablo Herrera, es la primera historia propiamente dicha de un género literario de la literatura ecuatoriana. En términos generales y para valorar el talento de Mera, se resalta el capítulo «Indagaciones sobre la poesía quichua» que, con las otras obras de su pluma, funciona como un indicio de la actual *Historia de las Literaturas del Ecuador.* En el mismo libro, se resaltan las figuras de José Joaquín de Olmedo, Dolores Veintimilla, Julio Zaldumbide, Miguel Ángel Coral, Luis Cordero, entre otros.

El capítulo final: «¿Es posible dar un carácter nuevo y original a la poesía Sudamericana?», contiene un abanico de ideas que fundamentan la originalidad deseada, sin embargo, incluye también los argumentos que plantean la contradicción de los autores contemporáneos de Mera, que discutieron sobre las raíces de la cultura Sudamericana, problema que surgió luego de la Independencia. (Pazos, 1995: 9)

En 1872, es reconocido como miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua. En 1879, apareció *Cumandá.* En 1884, editó *La Dictadura y la Restauración en la República del Ecuador,* libro de

contenido político, escrito sobre la guerra que derrocó al tiránico Ignacio de Veintemilla.

Temas literarios, religiosos, históricos, de cultura popular contiene la producción artística e intelectual de Juan León Mera. Se citan los títulos de algunas de sus obras: *Miguel de Santiago* (1861), *Himno del Ecuador* (1866), *Apuntes sobre agricultura* (1872), *Biografía de Sor Juana Inés de la Cruz y juicio crítico de sus obras* (1873*), Catecismo de Geografía de la República del Ecuador* (1875), *Mazorra* (1875), *La Escuela Doméstica* (1880), *Antología Ecuatoriana: Cantares del pueblo ecuatoriano* (1892), *Tijeretazos y plumadas* (1903), *Novelitas Ecuatorianas* (1909).

Juan León Mera se casó con Rosario Iturralde y el matrimonio procreó 13 hijos, de los cuales sobrevivieron nueve, entre ellos, Trajano, escritor; Juan León, pintor; Eugenia, pintora. Mera falleció en 1894, en su quinta de Atocha. Le ayudó a bien morir el arzobispo Federico González Suárez. Sus restos reposan en un mausoleo levantado junto al parque de la parroquia de Atocha.

Para la historia de la Literatura Ecuatoriana, Mera se descubre como su primer historiador, el primer novelista, el iniciador de la literatura costumbrista y el primer antropólogo cultural. Por último, cabe anotar que la biografía de Sor Juana Inés de la Cruz y la antología de su obra, fue el único libro dedicado a la Décima Musa en Sudamérica, en el siglo XIX.

El fabulario

En octubre de 1994, se realizó un coloquio internacional en honor de Mera, en Ambato, organizado por la Casa de Montalvo, con la dirección académica de Jorge Jácome Clavijo. Las memorias se publicaron en dos volúmenes, inmediatamente. La ponencia de Jácome se tituló «Mera fabulista». Se trataba de un tema poco conocido, aunque, en el mismo coloquio, Julio Pazos Barrera presentó su ponencia «Fábulas de Juan León Mera». Salvadas estas dos ponencias, en la bibliografía posterior de Mera no se encuentran estudios sobre el fabulario.

Mera reunió en libro manuscrito sus fábulas, según parece, 80 o algo más. Jorge Jácome, en nota de pie de página del libro *Coloquio Internacional Juan León Mera,* tomo 2, grupo 1, escribe: «El autor de este trabajo guarda una copia manuscrita de las fábulas de Mera, gracias a la bondad de Alfonso Mera Navarro, amigo y...». (Jácome, 1994: 197). La cita de pie de página aparece incompleta, de modo que, únicamente, Jorge Jácome pudo conocer el conjunto. Es aventurado afirmar que el manuscrito desapareció, puesto que el archivo de Jácome, por información de la señora Cecilia Morales, secretaria de la Casa de Montalvo, fue entregado al licenciado Mario Mora, director de La Casa. Sin embargo, la

aludida secretaria no pudo localizar el documento en el archivo, que no se encuentra cabalmente organizado. Se espera que el manuscrito titulado por su autor *Fábulas por Juan León Mera, M. C. de la Academia Española*, se encuentre en algún sitio, puesto que lo peor sería que hubiese desaparecido.

Novedosos fueron los trabajos mencionados anteriormente en el sentido del enriquecimiento de la Literatura Ecuatoriana; no obstante, en la bibliografía que motivó la celebración del fallecimiento de Juan León Mera, nada se dice de las fábulas. Posteriormente, aparecieron tres libros: *Juan León Mera. Antología esencial*[3]; *Juan León Mera, una visión actual*[4]; «Juan León Mera, 1832 - 1894».[5]

---

[3] Xavier Michelena, edición, estudio introductorio, selección de texto, notas. Quito, Banco Central del Ecuador. Ediciones Abya-Yala,1994.

[4] Julio Pazos Barrera, editor, PUCE - Universidad Andina Simón Bolívar, Subsede Ecuador - Corporación Editora Nacional, 1995.

[5] Hernán Rodríguez Castelo, *Poetas románticos*, Clásicos Ariel, N°9, Guayaquil, s/f.

Mera y Pedro Fermín Cevallos

Se puede pensar que, desde el comienzo, el libro de las fábulas no fue afortunado. Esta circunstancia se deduce de las cartas enviadas por Pedro Fermín Cevallos a Mera. Este epistolario se publicó en 1996 y la investigación fue realizada por Jorge Jácome Clavijo. Se trata de 300 cartas que se enviaron entre el 9 de junio de 1854 y el 6 de agosto de 1890, entre Quito y Ambato. Pedro Fermín Cevallos, ilustre ambateño, abogado, primer director de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, fue historiador y es conocido por su *Historia del Ecuador*. Cevallos fue muy amigo de Mera, amistad que se expresa en la forma de tratamiento: «Mi querido Leoncito»; luego de que Cevallos apadrinó a uno de los hijos de Mera, el trato varió: «Querido compadre».

En lo que tiene que ver con las fábulas, Cevallos escribió el 26 de diciembre de 1855:

> Sus fábulas están bonitas, e irán hoy para 'El Filántropo'. Probablemente saldrán el 16 de enero entrante, y no le faltará U. (sic) ya un número de este periódico. En las primeras de sus fábulas se lee: 'uña fila y mal deseo' y yo he puesto: 'de una uña aguda y mal deseo'; por qué la voz fila como adjetivo en el sentido de

> cortante, no conocemos; no sé cómo se le haya escapado ese descuido. (Cevallos, 1996: 49)

Se desprende de la cita, que Mera buscó publicar las fábulas en periódicos de la época, de tendencia conservadora. Por lo demás, el gramático Cevallos pescaba cualquier gazapo en la lengua de Mera, debido a la tendencia normativa del primer director de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

En carta de octubre 9 de 1861, Cevallos se refiere a un soneto publicado por Mera, que fue acremente censurado por los académicos, excepto por Julio Zaldumbide y el mismo Cevallos. El director de la Academia escribió: «Quisiera, pues, que con este motivo escriba U. (sic) alguna fábula o un epigrama contra los censores, pero de un modo que, sin lastimar su sensibilidad, les haga más bien reír y comprender lo infundado de su crítica». (Cevallos, 1996: 144). Entendemos, con estas palabras, que una fábula tenía utilidad inmediata, aunque no sirviera sino para algo poco trascendente. Menos mal que no todas las fábulas padecieron de este defecto.

Cevallos, en su carta de 1ro (sic) de junio de 1879, anunció a Mera: «Volveré a hablar con Peña acerca de las fábulas y le animaré a que trate del asunto con U. (sic) con toda franqueza. Yo no soy poeta, pero no dejo de conocer las reglas que tienen para esta materia, y si

las fábulas resumen la propiedad de los caracteres que figuran chispa, limpieza en la dicción y la conveniente moralidad, las aprecio y tengo por buenas, y las más de las de U.(sic), a mi juicio, reúnen esas condiciones. Por mi voto, suprimiendo unas pocas, debe publicarse la colección de ellas». (Cevallos, 1996: 449)

¿Quién era el señor Belisario Peña? Neogranadino afincado en Quito desde la infancia, en extremo religioso, miembro fundador de la Academia Ecuatoriana de la Lengua. De las palabras de Cevallos se deduce que Peña se opuso a la publicación.

Ocho días más tarde, en junio 8 de 1879, Cevallos comunicó a Mera lo siguiente:

> Hablé de nuevo con Peña diciéndole que U. (sic) me había manifestado por carta la falta de razón en él para mantener recelos para hablar de ellas con franqueza, cuando, siendo amigo de buena fe, no había por qué tenerlos. Así es, me dijo, pues en verdad le aprecio muy sinceramente, y le daré mi opinión sin escrúpulo; mas, para esto quisiera revisarlas, y ojalá que las mandase. Conque si está hecha la colección, envíemela. (Cevallos, 1996: 452)

En efecto, Mera envió la colección a Cevallos, pero Peña no se encontraba en esos días en Quito. Cevallos resolvió pasar a otro académico la colección. Habló con

Julio Zaldumbide y este, según Cevallos, dijo: «Quisiera que no me encargase de su examen, porque desagradaría a Mera diciéndole que las repruebo». (Cevallos, 1996: 454). Prosigue Cevallos:

> [...] pienso, pues, que nuestros amigos se han dejado impresionar de lo que dijeron los tontos Amunátegui s y lo repitió Torres Caicedo, y quieren que prevalezca mi juicio ya publicado por las prensas. Tal vez daré hoy con Peña y se lo entregaré: sea cual fuese su juicio, aténgase más bien al propio de U. (sic) con ayuda del mío, y echarlas a plaza». (Cevallos, 1996: 454-455)

No se conoce la opinión de Peña. La colección no fue publicada por la Academia Ecuatoriana de la Lengua. Las fábulas se publicaron en periódicos del siglo XIX.

La ponencia de Jorge Jácome Clavijo

Se inicia la colección que tuvo a la vista Jorge Jácome con una quintilla de octosílabos de la fórmula *abaab*.

> Quien pueda saque provecho
> De aquesta mi propiedad;
> Nadie acate mi derecho,
> Y este libro sea hecho
> Libro de comunidad.
>
> (Jácome, 1994: 97)

Como dice Jorge Jácome, el autor ambateño renuncia a la propiedad del libro para entregarlo a todos; el significado de estas líneas entraña —según nuestra opinión— la declaración de la poética de Mera: primero se dirige a la comunidad, cuya lectura espera que beneficie su comportamiento social; luego, confiesa que se escribe para los lectores, sentido obvio que incluye la enseñanza moral.

Jácome, atendiendo al contenido de los significados, reconoce seis temas.

1. Defensa de la mujer. Se transcriben unos endecasílabos de la fábula «El potro, la potranca y el asno»:

Oh, padres que dejáis que vuestras hijas
De conveniente educación carezcan
Y que solo a los hijos dais maestras
Con criminal y tonta preferencia.
(Jácome, 1994: 198)

En «Los pensamientos y las mariposas», se lee esta cuarteta:

Pegada al polvo del mundo
Sin instrucción, sin consejo
¿Cómo no ha de ser de vicios
y de miserias sustento?
(Jácome, 1994: 199)

Se reitera el tema da la mujer sin educación, circunstancia que la afecta y la convierte «en el polvo del mundo». En todo caso, la idea de Mera era muy avanzada para su tiempo.

Jácome, como apunte suelto, dice que en «El cazador y el buitre», se copian tres versos de Iriarte y que Mera los anota. Además, Jácome observa que «de modo parecido aparecen Esopo, Fedro y Samaniego».

2. El segundo conjunto de fábulas alude a la política. Jácome cita algunos ejemplos. En «El ciervo y la liebre» se lee esta quintilla:

> Así, pueblos conocemos
> Donde un tirano opresor
> Silencio impone y creemos
> Que es paz lo que en ella vemos
> Cuando es tan solo terror.
>
> (Jácome, 1944: 200)

En este grupo, Jácome, considera la fábula «El león y el perrillo» que se refiere al encontrón de Mera y Montalvo, cuando ya no eran amigos. Se dice que la pelea ocurrió en el puente de Atocha. El león es Mera y el perrillo, Montalvo. (Jácome, 1994: 200).

El comentarista ambateño inscribe en este grupo «El político, el muchacho, el halcón y el cernícalo» y «El voto de los gallinazos», fábulas que critican el sistema electoral.

3. Tema nacional es el sentido que atribuye Jácome a ciertas fábulas. En sus palabras:

> Nuestro autor ratifica la vocación de ser poeta nacional enraizado en la tierra andina que tanto amó, salpicando sus versos de métrica española como es propio de un Miembro Correspondiente de la Academia Española, pero con términos quichuas y mestizos de América. (Jácome, 1994: 203)

La loba y el cordero en la cucaña, trae el recuerdo de su tierra.

> Sabías, lector amigo, que en mi aldea
> En octava de Corpus, hay cucañas
> Y entre frutas, choclos y otras cosas
> Más de un bruto infeliz o gime o brama.
> (Jácome, 1994: 203-204)

Cucaña es el palo encebado que todavía se instala en las fiestas populares. Aunque no se sabe si «bruto infeliz» es, en realidad, una persona, Jácome reconoce, en cambio, el citadino y el chagra. En «Los dos perros» aparece el tema:

> Y el perrazo de la aldea
> Torció el hocico, y audaz
> Casi sobre el ciudadano
> Alzó la pata y... char-char.
> ¿Qué tal el cuento, lector?
> Se halla en tu traviesa mente.
> Imaginas que son gente.
> (Jácome, 1994: 204)

Para Mera, el uso de términos del léxico popular es la presencia de una nueva literatura, aspecto que en su tiempo no se admitía. Montalvo se mofa de esta

práctica de Mera. En las fábulas citadas por Jácome, Mera utiliza el término cernícalo, pero también el americanismo *quilico,* que son los nombres de un ave de rapiña.

Otro ejemplo del tema nacional es: «Las cerezas y los capulíes», que lleva una moraleja que lidia con el odio a lo extranjero. Parte del texto dice:

> Que es la cereza agradable
> Y el capulí tal vez más
> Pero es fruta extranjera
> y él es fruta nacional.
> Y aunque ella tuviese el jugo
> De encubrir lenguas capaz
> Y el capulí de los dioses
> Fuera el selecto manjar,
> Cerezas aquí se engullen
> Mas capulíes, jamás.

Jácome anota que Mera traslada el significado de esta fábula a lo que llama «Humanas letras» donde:

> Cualquier librejo extranjero,
> Y aunque tenga verdadero
> Mérito lo en casa escrito,
> Verlo con desdén grosero
> Cual si no valiese un pito.
> (Jácome, 1994: 207-208)

Parece que Mera se refiriera a sus propias fábulas, desdeñadas por los académicos.

4. El grupo final de fábulas, que Jácome menciona con sus nombres y fragmentos, evoca asuntos relacionados con la música, los libros, la naturaleza, el caminante, la fantasía. Jácome cierra la ponencia con versos de *El río parlante*.

Veamos «Los dos músicos». El musiquero no acepta la educación musical porque asume que más se aprende con el «uso», o lo que sería la práctica al oído. Mera equipara la problemática al uso de la lengua.

> Infinitos escritores
> El habla española tratan
> Como el rústico aldeano
> Su harto infelice guitarra.
> Toda regla y buen ejemplo
> Menosprecian, pero charlan
> Sin son ni ton, del aplauso.
> Del necio vulgo se pagan,
> Y si la crítica atilda
> Sus adefesios y faltas
> Ellos meten mayor bulla,
> Gritando: ¡El uso nos valga!
> ¿Qué harían Balart y Bello
> Con gente de tal calaña?
> Taparse bien las orejas
> Y en su pecado dejarla.
>
> (Jácome, 1994: 210)

El autor de estos versos no parece dar valor a lo popular; sin embargo, quizá más tarde cambió de opinión, pues de cultura popular es *Cantares del pueblo ecuatoriano,* pionero de los estudios de literatura popular del Ecuador.

En «Dos muchachas i dos libros», Mera «hace notar la diferencia que hay entre exornado libro vacío de ideas y uno de sencilla presentación de un buen autor» (Jácome 1994: 210-211) y el ejemplo sirve a Mera para el desarrollo de la moraleja.

> ¡Esos chascos suceden
> no solo con los libros!
> Y es que la pobrecita
> Halló para marido
> Un elegante joven
> Lleno de infames vicios.
>
> (Jácome, 1994: 211)

El tema ecológico, adelantado para la época, se encuentra en «El árbol, las aves y los monos». Dicen así dos fragmentos de la fábula:

> Socavan las raíces, tiran, rajan,
> Tronchan, hienden, destrozan, desencajan;
> Aquel para la barra es ducho y listo,
> Este para el machete;
> Quien no tiene herramienta

Pretende hacer prodigios con los brazos,
O bien a dentelladas arremete;
Y así emular intentan
De los otros obreros los hachazos.

Pueblos, vosotros sois aquellas aves
Por el benéfico árbol acogidas;
Esta es la religión que hace suaves
Las miserias del mundo más temidas;
Son los monos aquellos perniciosos
Hombres impíos, que en labor insana
Por destruirla pugnan afanosos.
(Jácome, 1994: 111-112)

Se refiere a la naturaleza, a su conservación, que Mera veía como el ámbito favorable para la vida humana. Con esta idea se muestra el romanticismo, tendencia que se oponía a la industrialización. Mera se declaraba agricultor, aunque buena parte de su vida trascurrió como funcionario público.

En este grupo final de fábulas, Jácome coloca «El cuervo y la zorra» que es de realismo fantástico. He aquí un fragmento:

Yo vi un camello, dijo, levantarse
Como el águila audaz hasta la esfera;
Vi de peces cubrirse una pradera
Y de cerdos los árboles poblarse;

Vi anidar en las ondas dos gallinas,
Y a sus hijos contarse por cientos;
Yo tres mil extrañezas y portentos
He visto en Tetuán y Filipinas.
(Jácome, 1994: 215-216)

La ponencia de Jorge Jácome Clavijo, como se confirma, es de mucha utilidad para vislumbrar una imagen general de las fábulas de Mera, habida cuenta de que, hasta el momento, el fallecido director de la Casa de Montalvo tuvo la oportunidad de leerlas todas.

Entre el Neoclasicismo y el Romanticismo

La ponencia que presenté en el «Coloquio Internacional Juan León Mera», en Ambato, partía de la consideración de los puntos contradictorios de la obra de Mera, en lo que se refiere al Neoclasicismo y al Romanticismo. El Neoclasicismo se manifiesta en el uso del español —que le lleva a singularizar los quichuismos— y a propósito de la función moralizante del arte literario, función que tiene como finalidad la propagación de la moral católica. (Pazos, 1994: 259). El Neoclasicismo nacional se expresa mediante censuras y soluciones. En la *Virgen del Sol*, la solución es el matrimonio cristiano de la pareja perseguida por Rumiñahui: Cumandá muere antes de caer en el pecado del incesto, etc.

La Racionalidad Neoclásica, opuesta al emotivo Barroco Culterano, se manifiesta en las fábulas, además de la actitud correctora de la lengua. En cuanto a los principios teóricos, se observa que se encuentran en «De la Fábula en General», capítulo de *La Poética* de Ignacio de Luzán; este autor del siglo XVIII define la fábula como: «discurso inventado para formar las costumbres por medio de instrucciones disfrazadas debajo de las alegorías de una acción; [...] las partes esenciales de la fábula son dos: la verdad, que le sirve de fundamento, y la ficción, que es como el disfraz de la verdad». (Luzán, [1737], 1974: 310)

Luzán clasifica las fábulas en racionales, moratas o morales y mixtas, «donde entran las dos especies de racionales y brutos». (Luzán, [1737], 1974: 310). Una morata de Mera es «El palomo y la paloma».

El palomo haciendo un gesto
Por toda respuesta dijo:
—Que te quites solo exijo
esos dijes que detesto.
Confiese que en esta olea
Del palomo el juicio sano;
Pues todo lo que es vano
En vez de adornar afea.
(Pazos, 1994: 264)

Un ejemplo mixto es «La ordeñadora y el novillo», cuya moraleja alude a la ingratitud.

Jacinta la ordeñadora,
Siguiendo el uso admitido,
Su nombre puso a un ternero
Que cautivó su cariño.
Mas se acabó la crianza,
Destetaron al Jacinto,
Y a sus anchas en el prado
Bien pronto se hizo novillo.
Catorce meses la moza
No vio al caro Jacinto;
Pero al cabo llegó a verle
Por bravo al coso traído.

«¡Qué bravo! Si es un cordero;
Mucho le conozco, dijo
De la vaca Mariquita
Es el hijo primerizo.
Yo le bauticé y le puse
Mi nombre; es un alhajito.
Me quiere y me oye, y sino
Miren: ¡Jacinto! ¡Jacinto!
Ven acá batiendo el rabo
Y dando suaves berridos;
Ven las manos a lamerme,
Junta a mi boca el hocico».
Esto diciendo, a la arena
Salta la necia; la ha visto
El torete, alza la cola,
Enarca el cuello, y... ¡maldito!
Paga de la ordeñadora
El firme antiguo cariño
Con una horrenda cornada
Que el costillar le ha sumido.
Aún no cree Jacinta
Que es verdad el acto inicuo;
¿Qué pensará cuando encuentre
Con hombres que obran lo mismo?
La gratitud los molesta,
Bórranla del pecho indigno,
Y con doblados ultrajes
Devuelven los beneficios.

(Pazos, 1994: 265-267)

Los juicios de las fábulas son paternalistas e inmovilizantes. La mujer es débil y vanidosa. El hombre es veleidoso. Los peores defectos son el excesivo interés por el dinero y la ingratitud. Se desconfía de cambios y novedades. El orden y el progreso no deben perturbar a la organización familiar. Dios y la religión son los fundamentos de la visión neoclásica del mundo.

Sin embargo, la poética de Mera es también romántica. Esta tendencia aparece en *La Virgen del Sol, Mazorra* y sobre todo en *Cumandá*, más todavía cuando para esta novela se menciona el antecedente literario, que es el romántico francés Chateaubriand. También el romanticismo se expresa en *Cantares del pueblo ecuatoriano*, si se piensa que los primeros investigadores de literatura popular en Inglaterra y España, del periodo romántico, valoraron coplas y relatos de los campesinos y habitantes de villorrios que se mantuvieron al margen de la industrialización.

> La interpolación entre lo que venía de fuera y la tradición se expresa en los diversos aspectos de la sociedad ecuatoriana del siglo XIX. A esto se suma el carácter heterogéneo de la composición de esa sociedad. (Pazos, 1994: 275)

En Mera como en Montalvo, se entrecruzan Neoclasicismo y Romanticismo. Específicamente, en las

fábulas de Mera predomina el Neoclasicismo, salvo la presencia de la lengua quichua. El contenido, tímidamente romántico, es expresión de la moral católica, apostólica y romana.

Referencias

Pedro Fermín Cevallos, *Epistolario de Cevallos a Mera*, Investigación de Jorge Jácome Clavijo, Ambato, Editorial Pío XII, 1996.

Ignacio de Luzán, *La poética*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1974.

Martín de Riquer, José María Valverde, «La prosa griega clásica», en *Historia de la Literatura Universal*, 6ta. edición, Barcelona, Editorial Planeta S.A., 1976.

Jorge Jácome, «Mera fabulista», en *Coloquio Internacional Juan León Mera,* T. I, del 25 al 28 de octubre, Ambato, Casa de Montalvo, 1994.

Tomás de Iriarte, *Poesía,* Prólogo de Alberto Navarro González, Madrid, Espasa - Calpe, S.A., 1963.

Juan León Mera, *Antología esencial*, estudio introductorio de Xavier Michelena, Quito, Banco Central del Ecuador, 1994.

Julio Pazos Barrera, «Fábulas de Juan León Mera», *Coloquio Internacional Juan León Mera,* T.I, del 25 al 28 de octubre, Ambato, Casa de Montalvo, 1994.

Julio Pazos Barrera, editor, *Juan León Mera: una visión actual*, Quito, PUCE, Universidad Andina Simón Bolívar, Corporación Editora Nacional, 1995.

Félix María Samaniego, *Fábulas,* introducción de María Viteri Reyzábal, Madrid, Editorial Mediterráneo, 1985.

https://lasfábulas.org/fedro/la-zorra-y-el-cuervo/

www.poetica.fr/poeme-1320/jean-de-la-fontaine-les-voleurs-et-ane/ Traducción de Alfredo Espinosa C., 2022.

www.poesie-francaise.fr/poemes-jean-de-la-fontaine/

Nota sobre los textos

El licenciado Xavier Michelena me proporcionó copias fotostáticas de algunas de las fábulas publicadas en periódicos del siglo XIX; otro conjunto lo reprodujo Hernán Rodríguez Castelo (*Poetas románticos*, Guayaquil, Ariel N°9). Otras fábulas fueron proporcionadas por Wilson Vega Vega, tomadas del archivo de los documentos de Mera que guarda la Biblioteca Ecuatoriana «Aurelio Espinosa Pólit». En el libro del doctor Carlos A. Rolando, *Don Juan León Mera 1832-1932* (Guayaquil, Imprenta i Talleres Municipales), aparecen los nombres y no los textos de las Fábulas.

Apéndices
fábulas rescatadas

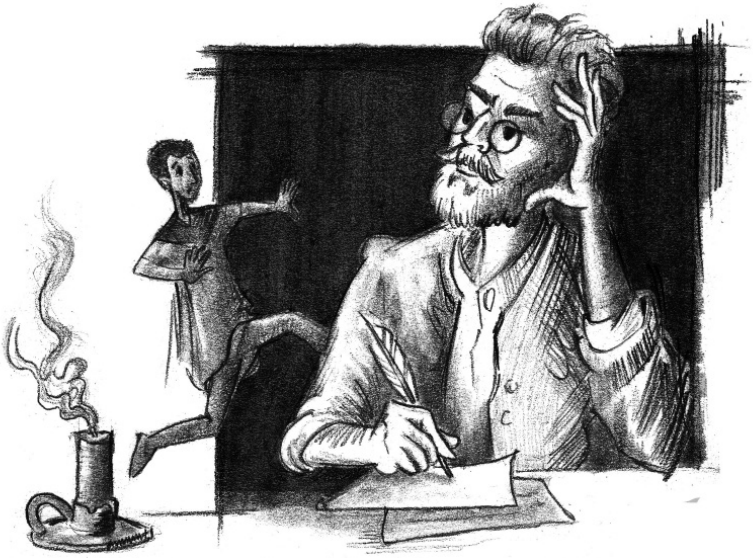
El lobo, la zorra y el halcón

Una zorra y un halcón
Tuvieron un pleito un día:
No sé de qué fruslería
Se trataba la cuestión.
Ello es que ambos a la vez
Quisieron que aquel asunto
Decida punto por punto
Un lobo haciendo de juez.
Fueron donde él, en efecto,
Que aceptó de buen talante
El destino en el instante
Ofreciendo ser muy recto.
Y para mejor proveer
Pidió dos días de plazo,
Pues tenía un embarazo
Que no lo quiso exponer.
El halcón que no era bobo,
Pilló en tanto una paloma,
Y de repente se asoma
Con la oferta donde el lobo.
—¡Oh! —dice al ver el regalo
Que el litigante le exhibe—,
Aunque la ley me lo prohíbe...
Pero este pichón no es malo.
Luego despidió al halcón [...]

El lobo con piel de oveja

Hubo, hace siglos, un famoso lobo
Que á lo feroz, juntaba el no ser bobo;
Cosa fatal, por cierto,
Pues el talento en la maldad ingerto,
Produce, siempre, frutos infernales.
A infelices zagales
Y a tímidas ovejas, infundía
El lobo aquel, tal miedo, que del valle
A la sierra ya nadie se atrevía
Su manda a llevar; pues ¿quién le jura,
Que el atroz ladronazo allí no se halle,
Y no le haga en un tris una diablura?
Esta sabia prudencia,
Hija del cauto miedo y la experiencia,
Muy bien sienta al pastor y a su rebaño,
Muy mal al señor lobo,
A quien ya largo ayuno, hacía daño.
—«¡Cáspita! —dijo un día—, que ya el robo
Sea difícil obra hasta á un maestro,
Como yo en el oficio, listo y diestro!
Y en tanto, se me seca el pobre vientre.
Esto es para algún tonto;
Mas, yo es preciso que un arbitrio encuentre,
Y no lobo he de ser si pronto, pronto [...]

1895



El fabulista, el muchacho y la vela

De pobre vela al mortecino fuego,
No sé si Esopo, Fedro ó Samaniego,
Meditando en sus fábulas se hallaba;
Y ya á Plutón ó Satanás se daba,
Pues rebelde la musa no acudía,
Por más que con instancia la pedía.
Con algún conveniente argumentito
Para dar vaya á un médico imperito.
Corta la llama y larga la pavesa
La luz en tanto se moría á priesa:
Un paje tolondrón quiso avivarla;
Mas tan mal procedió, que espabilarla
Y apagarla, fue cosa de un momento.
El muchacho que teme un escarmiento,
Corre por ver si con la fuga escapa:
Tras él vá el fabulista y me le atrapa:
Pero en vez de molerle á mojicones,
—Amiguito, —le dice—: en ocasiones
Premio se te ha de dar, que no castigo.
No temas, ven acá, cena conmigo.
¡Oh torpeza feliz la de tu diestra!
El símil que buscaba ella me muestra:
Si al atizar la luz me la apagaste,
¿No cual indocto mediquillo obraste
Que en vez de dar a los enfermos vida,
Les abrevia del mundo la salida?

1876

El caballo liberal y el asno

Un generoso corcel,
Un borrico majadero
Y una yegua, hija de aquel,
Pacían en un potrero.
El caballo que se daba
Por insigne liberal,
Así al burro predicaba
En su lenguaje brutal:
—Has de saber, buen pollino,
Ya se acabó el desatino
De variedad de animales.

El palomo y la paloma

Hubo en cierto pueblecito
Una paloma i palomo
Que tiernos se amaban, como
Dizque es entre ellos de rito.
Era la paloma bella
De alas blancas i azul cuello,
I el galante macho bello
Era también digno de ella.
Mas la hembra un día cayó
En manos de una chiquilla
Que en alas, moño y golilla
Varios dijes le cosió:
Banderillas de oropel,
Flores de cinta picada,
En la cola una lazada
I en la pata un cascabel.
Así adornada escapar
Pudo al cabo la paloma
Entre el víctor i la broma
De las chicas del lugar;

I entre mohína i ufana
Presentóse al macho amante;
Pero él la esquivó al instante
y huyó al verla tan galana.

—¿Por qué tal rigor, mi bien?
—Le dijo ella pesarosa—,
¿Me hallas hoy menos hermosa?
¿Me has notado algún desdén?
El palomo haciendo un gesto
Por toda respuesta dijo:
—Que te quites solo exijo
Esos dijes que detesto.
Confiese quien esto lea
Del palomo el juicio sano;
Pues que todo lo que es vano
En vez de adornar, afea.

1876

Dos muchachas i dos libros

Quisieron dos muchachas
Tener cada una un libro:
—Uno bueno, —decían—,
Es el mejor amigo.
Un día por fortuna
Toparon con un chico,
Que dos tomos vendía
De aspecto bien distinto:
El uno muy modesto
Forrado en pergamino;
El otro en tafilete,
Con sus dorados filos,
Sus realzadas flores,
Su frontis exquisito,
Manecillas de plata,
Cintas y cordoncillos.
Eligió la una joven
El de forro sencillo,
I halló que era la obra
De un escritor de juicio;
Deslumbrada su amiga
Del otro al falso brillo,
Atrapólo con ansia
Exclamando: —¡Ay qué lindo!
Mas de sus blancas fojas,

¿Cuál era el contenido?
Disparates por miles
En un lenguaje indigno.
Oyó este cuento Julia
I suspirando dijo:
—¡Esos chascos suceden
No solo con los libros!
I es que la pobrecita
Buscó para marido
Un elegante joven
Lleno de infames vicios.

Las dos azucenas

Crecían mui hermosas
Dos azucenas,
La una arrimada al tronco
De una morera,
La otra en el prado
Luciendo al aire libre
Todo su garbo.

La del prado a su amiga
Del tronco dijo
Con acento de orgullo
I aire maligno:
—Te compadezco,
Pobrecita que a oscuras
Pierdes tu tiempo.

¿Por qué tu mal destino
Te ha condenado
A vivir a la triste
Sombra de un árbol
Donde no hay nadie
Que tu belleza admire,
Nadie que te ame?

Yo sí que venturosa
Paso mi vida,
I en este campo gozo
De mil delicias;
Aquí soy libre
I mi delgado tallo
Muevo flexible.

Su luz el sol me brinda,
I el alba perlas,
Las apacibles auras
Conmigo juegan,
Las mariposas
Mas bellas, a porfía
Besan mis hojas.

Así es como la vida
Gozar se debe,
No bajo ningún tronco
Ni oscura siempre,
Pena me causas,
Pobre amiga que vives
Arrinconada.

—Tu sí me causas pena,
—la otra la dijo—,
Pobre flor que no tienes
Ningún arrimo,

Tú que no sabes
Cuánto este viejo tronco
Siempre me vale.

¡Ay de tí cuando vengan
Los fuertes vientos,
Cuando las tempestades
Bajen del cielo!
¿Qué será entonces
De ilusiones tan gratas,
De tantos goces?

Ambas las azucenas
Así se hablaban
En las serenas horas
De la mañana;
Mas por la tarde
Comenzó de los vientos
El fiero embate.

Al abrigo del tronco
Salvóse la una;
De los vientos rindióse
La otra a la furia,
I hecha pedazos
Entre el polvo rodaba
De áridos campos.

La libertad, oh niñas,
Os es funesta;
Bajo el materno amparo
Vivid contentas.
¡Ay de vosotras
Si al soplar las pasiones,
Os halláis solas!

1887

El hortelano, al álamo y la vid

Plantó un muchacho hortelano
Junto a un álamo una vid,
Diciendo: —Daos la mano,
Sed felices i vivid.

Creció la vid de tal modo,
Sin que haya quien se lo ataje,
Que cubrió el árbol del todo
Con su opulento follaje.

Luego el otoño llegó,
Cargó la vid con exceso,
I el pobre álamo cayó
De los racimos al peso;

Pero destrozó cayendo
También a su vid ingrata,
I el hortelano riendo
La dijo —¡Toma, insensata!

Cuando al álamo te uní,
Uní tu suerte a su suerte,
Y tú matándole así
También te has dado la muerte.

Ambato, a 11 de agosto de 1860

Los dos músicos

A manos de un aldeano
Zafio de más de la marea
Vino a parar, por desdicha,
Una excelente guitarra.

No entendía el pobre mozo
De la nota ni palabra,
y no aprendió en año y medio
Ni media pizca de escala.

Mas en pulsar día y noche
Las cuerdas mal arregladas
Pasábase, dando al viento
Mil desacordes tocatas.

Tañó tanto, hizo tal bulla,
que, cosa no muy extraña,
De conspicuo guitarrista
En la aldea sentó plaza.

A ella vino por acaso
Un músico de gran fama,
y sorprendido quedóse
De ver tan ruda ignorancia.

—Hombre —dice al campesino—,
Bonísima es la guitarra;
Pero templarla se debe
y según reglas tocarla.

Si te place, unas lecciones
Darte puedo de la gama.
—¡Lecciones a mí! la cosa,
Salta el patán, me hace gracia.

¿No sabe, insigne maestro,
Que todas sus reglas vanas
Tienen que ceder al uso,
Único juez, guia sabía?

El uso enriquece el arte
Con voces nuevas, tomadas
De cualquier fuente. ¡Qué reglas,
Ni qué jeringas de gamas!

Dice, y con furia rasgando
Las cuerdas, voces arranca
Tan rudas, que ambas orejas
El buen maestro se tapa.

Infinitos escritores
El habla española tratan
Como el rústico aldeano
Su harto infelice guitarra.

Toda regla i buen ejemplo
Menosprecian, pero charlan
Sin ton ni son, del aplauso
Del necio vulgo se pagan,

I si la crítica atilda
Sus adefesios i faltas,
Ellos meten mayor bulla
Gritando: ¡El uso nos valga!

¿Qué harían Baralt i Bello
Con gente de tal calaña?
Taparse bien las orejas
I en su pecado dejarla.

Jenaro Muelan*

1871

* Pseudónimo de Juan León Mera.

El cóndor y la alimaña*

Del brío y majestad en justo alarde
del Chimborazo el cóndor cruza el cielo,
o bien sobre alta roca abate el vuelo,
cuando su luz niega el sol a la tarde.

Y en la roca volando, a la cobarde
Vil alimaña infunde tal recelo
Que pavorida busca bajo el suelo
Tenebroso escondite que la guarde.

Más traidor golpe al ave generosa
Muerta de viva; entonces la alimaña
Muérdela y despedázala furiosa.

¡Oh detractores de que fue García!
Fiel remedo de aquesta es vuestra hazaña
¡que al fin propia es de vos la felonía!

---

* Juan León Mera, *Poesías,* MC de la Real Academia Española, Barcelona, establecimiento tipográfico Arte y Letra, 1892, p. 216.

El río, el arroyo, el viejo y el niño

«¡Qué ruido el de ese arroyo
Que se despeña!
¡Qué silencio el del río
Que el valle riega!»

Esto un muchacho dice
Con inocencia,
Y su abuelito al punto
Sagaz, contesta:

«El arroyo, hijo mío
Muy bien te muestra
Lo que es un ignorante
Fácil de lengua;

Y el caudaloso y manso
Río te enseña
Qué es la sabiduría
Siempre modesta.

Quien de luces carece,
Gasta soberbia,
Y hace como el arroyo
Bulla sin tregua;

Quien por su dicha se hizo
sabio de veras,
nunca con propios labios
nos lo recuerda».

El asno, el caimán y la garza

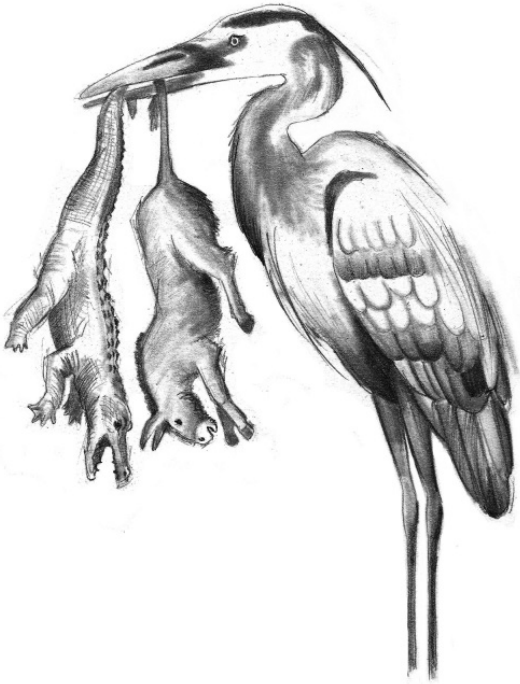
A orillas del Babahoyo
Solazábase un caimán,
Luciendo el lomo escamoso
Al vivo rayo solar

Y un cuadrúpedo serrano
De los de la raza asnal,
De hambre y de sed acosado
Andaba en la vecindad

Al ver al feroz anfibio
Dio un rebuzno gutural,
Temiendo fuese su furia
gritó contra urbanidad,

Y dijo: —señor montubio
¿hay que comer por acá?
De junio bastante
Y no dudarlo, hará el tal, (sic)

Pues respondió con mal modo:
—Pa burros no hay aquí ná.
—¿Ni una sed de agua? —También
Porfiado, ¿me entiende?, ni agua.



Y luego, los dos conguá
Pelean sin más ni más
Diciéndose cosas feas
Y tonterías a par.

Del asno a la Sierra un salto
Sin pararse da el caimán,
Y a mansalva le da palo
Con ira y odio mortal.

Del caimán a la comarca
Pasa el otro, y allá va
De vituperios la carga
Que danza la boca asnal.

Una garza que les oye
Quiere ponerlos en paz
Y en las siguientes razones
Les habla sin cortedad.

Ninguno lleva justicia
En cuanto diciendo está.
¿Por qué esa necia manía
De hablarse y tratarse mal?

Provincialismo costeño
No será bueno jamás
Ni lo será el serraniego,
Ni ninguno lo será.

Yo que tras el Chimborazo
Del año vivo mitad
Y otros seis meses me paso
En tierras de por acá,

Que ni allá todos son buenos
Puedo jurarlo en verdad,
Ni en la Costa todo el mundo
Feroz y horrible caimán.*

* Algunos términos son ilegibles en el facsímil que trae Jorge Jácome.

La ordeñadora y el novillo

Jacinta la ordeñadora,
Siguiendo el uso admitido,
Su nombre puso a un ternero
Que cautivó con cariño.

Mas se acabó la crianza,
Destetaron a Jacinto,
Y a sus anchas en el prado
Bien pronto se hizo novillo.

Catorce meses la moza
No vio al caro Jacinto;
Pero al cabo llegó a verle
Por bravo al coso traído.

«¡Qué bravo! Si es un codero;
Mucho le conozco, dijo
De la vaca Mariquita
Es el hijo primerizo.

Yo le bauticé y le puse
Mi nombre; es un alhajito;
Me quiere y me oye, y sino
Miren: ¡Jacinto! ¡Jacinto!

Ven acá batiendo el rabo
Y dando suaves berridos;
Ven las manos a lamerme,
Junta a mi boca el hocico».

Esto diciendo, a la arena
Salta la necia; la ha visto
El torete, alza la cola,
Enarca el cuello, y... ¡maldito!

Paga de la ordeñadora
El firme antiguo cariño
Con una horrenda cornada
Que el costillar le ha sumido

Aún no cree Jacinta
Que es verdad el acto inicuo;
¿Qué pasará cuando encuentre
Con hombres que obran lo mismo?

La gratitud los molesta,
Borrándola del pecho indigno,
Y con doblados ultrajes
Devuelven los beneficios.

1876

El buey, la cabra y el mono*

Con destemplado tono
De un manso buey la cabra se quejaba,
Que descarado el heno le robaba;
Pero un maldito mono
Por acaso le oía.
Corre al buey que pacífico rumía,
Y con notable aumento
Le refiere de golpe todo el cuento.
Contra la quejicosa el buey se enfada;
Su paciencia se agota,
La acomete furioso, y cual pelota
La hace volar por fin de una cornada.
Quedó entonces la pobre escarmentada,
Y tanto, que la historia
Refiere que después fue convidada
A una gran fiesta que su rey hacía.
Más cuando supo que el machín** iría,
Dijo, el caso trayendo a la memoria:
¿Yo con gente chismosa? Ni a la gloria.

---

* Reproduce Hernán Rodríguez Castelo, *Poetas románticos,* Guayaquil, Ariel N°9, s/f, p. 137.

** Mono.

El político, el muchacho, el halcón y el cernícalo*

El señor don Emeterio,
Político de gran nota,
Que cuando el pueblo alborota
Da sustos al Ministerio,
Por el campo una excursión
En cierta mañana hacía,
De un muchacho en compañía
Muy curioso y preguntón.
Bulla en el aire ha sonado:
Páranse, los ojos alzan,
Y un halcón a ver alcanzan
De un cernícalo acosado;
Que este pícaro rapaz,
Con ser de talla menor,
A su pariente mayor
Vivir no le deja en paz.
Listo y veloz por encima
Da mil vueltas, sube, baja,
Y a garra y pico le ultraja,
Chillando que causa grima.

---

* Reproduce Hernán Rodríguez Castelo, *Poetas románticos,* Guayaquil, Ariel N°9, s/f, p. 138.

¡Qué buena ocasión encuentra
Para su gusto, el muchacho!
Y así, sin ningún empacho,
Con su amo en pláticas entra:
—¿Qué aves son esas? —Son aves
Ambas a dos de rapiña.
—¿Por qué tan porfiada riña?
—Sin duda por cosas graves.
—Señor, quisiera saberlas.
—Muy bien: mira, la fortuna
Ha sido propicia a la una:
¿Ves sus garras? —¡No he de verlas!
Van bien provistas. —He, pues
Rica presa la una tiene—
—¿Y de esto sin duda viene
De la otra el furor? —Eso es.
—¡Qué envidia! ¡Qué sinrazón!
—¿Qué dices? ¡Calla, salvaje!
En político lenguaje
Se llama eso oposición.

El mono, el burro y el elefante*

¿A qué pueblo el cielo ha dado
Gobernante sin defecto?
¿Hubo jamás gobernante
Querido de todo el pueblo?

Recuerden otros la historia,
Comparen hechos con hechos,
Y a esas preguntas contesten
En prosa llana o en verso;

Que yo al verso y no a la prosa
Para relatar me atengo
Cierto caso entre animales
Ocurrido ha mucho tiempo.

Presidente de su estado
Estos al mono eligieron;
Pero antes de una semana
Cansáronse del travieso,

Y volcándole del solio
Entre golpes y denuestos,

---

* Reproduce Hernán Rodríguez Castelo, *Poetas románticos,* Guayaquil, Ariel N°9, s/f, pp. 139-140.

Resolvieron le ocupase
El más grave y circunspecto.

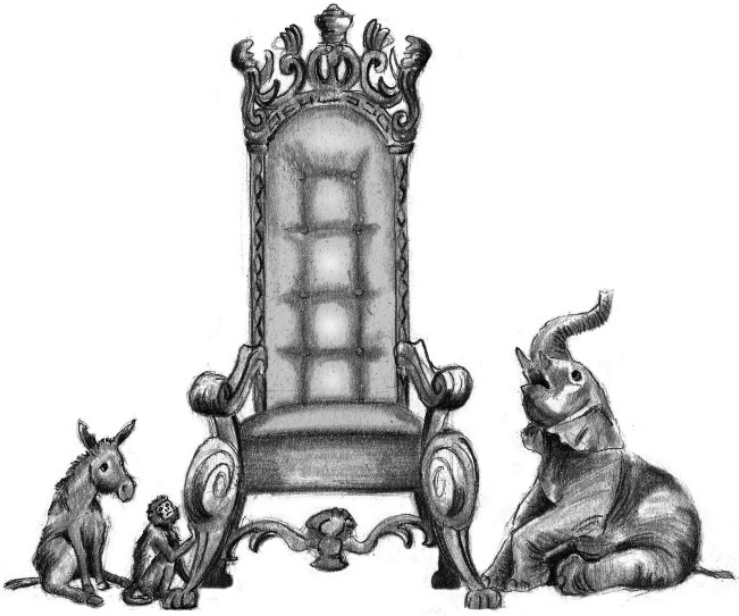
¿Viva el burro! ¿Quién más que él
De estas prendas está lleno?
Pero ¡oh diantre! Es tan caído,
Tan pesado, tan zopenco...

¡Abajo el burro! Gobierne
Quien, a más de grave y serio,
Dé en el mando claras pruebas
De actividad y talento.

¡Arriba, pues, elefante!
Tú serás quien, al gobierno
Echándole riendas de oro,
Harás la dicha del pueblo.

Cuéntase que el noble bruto
No lo hizo mal, en efecto;
Mas si el mono tuvo amigos,
No los tuvo el burro menos,

Y estos unidos con otros
Al trompudo arremetiendo,
Con un nuevo ex-presidente
Al mundo obsequiar pudieron.



Al cabo, ¿sabéis qué bestia
De esos brutos se hizo dueño?
La anarquía, feroz monstruo,
Negro aborto del infierno.

Tal suele ser el destino
De todo voltario pueblo,
Para quien no hay gobernante
Del cual viva satisfecho;

O que tan solo en personas
Fijo siempre el pensamiento,
Santos principios y leyes
Da al olvido o al desprecio.

El cuervo y la zorra*

A un cuervo hediondo y necio
Que el cadáver de un burro se engullía,
Trató la zorra con burlón desprecio;
Mas el cuervo después subióse un día
A una alta parra de racimos llena.
Llega la zorra, pero ve con pena
Que no puede alcanzar al dulce fruto;
Entonces fue que el animal astuto
Al despreciado cuervo así decía:
«¡Oh, pájaro el más bello y el más noble,
Con justicia elevado a esas alturas!
Échame de las uvas ya maduras,
Y en pago, Apolo su favor te doble».
¿La misma zorra al cuervo vil dijo esto?
¡Cuánto vale ocupar un alto puesto!

---

* Reproduce Hernán Rodríguez Castelo, *Poetas románticos,* Guayaquil, Ariel N°9, s/f, p. 141.

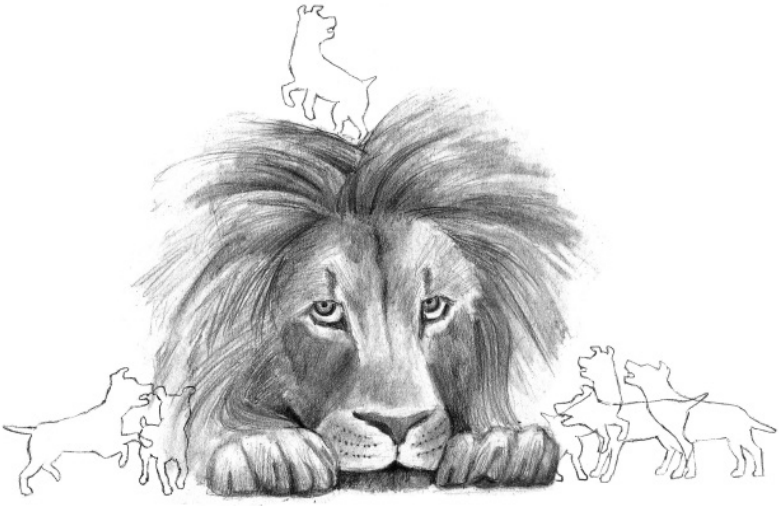
El gato goloso*

Tentóle a Misifús la golosina
Al ver un rico de cecina,
Y por una ventana muy estrecha,
Al hacer el hurto se echa;
Pero no advierte el tonto
Que por obra de pícara criada,
Un funesto cordel allí está pronto
A recibirle en bárbara lazada.
En ella cae el gato,
Y cuando dar con la cecina piensa,
Cuélgase del diabólico aparato,
Que el pescuezo le ajusta a la despensa.
Al ruido la criada acude a prisa
Y, entre chacota y risa,
Tírale de las patas y del rabo,
Y con el infeliz da cuenta al cabo.

¡Oh imagen de muchísimos bobones
Para quienes no hay Dios sino hay doblones,
Y que al ver de las novias los talegos
A ellos se tiran y se cuelgan ciegos
Del lazo conyugal, donde el ingrato
Destino sufren del goloso gato!

---

* Reproduce Hernán Rodríguez Castelo, *Poetas románticos,* Guayaquil, Ariel N°9, s/f, p. 142.



El león y el falderillo*

Cansado de una larga correría,
Allá el león en su cubil dormía,
Y un falderillo de menguada traza,
Dizque quiso a la fiera darle caza.
Presuntuoso, fanfarrón altivo,
Llenó con tal motivo
De sus voces la selva.
El rey le oía,
Despierto ya, con calma y con desprecio;
Pero el vil gozquesillo fue tan necio
Que al ladrar le llegó junto a la oreja.
Gruñe el león, sacude la guedeja;
Mas tiene compasión de su enemigo
Y sin más represión ladrar le deja.
¡Y ladra el perro sin cesar! ¡Caramba!
Dice al fin el león: pues ya castigo
Merece este enfadoso animalejo:
—¡Toma! Y un bofetón le da al desgaire
Que le hace dar tres vueltas en el aire.
Después de esta lección, ¿qué hizo el gozquejo?
Pues, ¿qué ha de hacer? Se lamentó un ratico
Y ¡a ladrar y ladrar! ¡Oh, qué borrico!

---

* Tomado de Víctor Manuel Garcés, *Vida ejemplar y obra fecunda de Juan León Mera*, Ambato, Editorial Pío XII, 1963, p. 130.

El león, fastidiado hasta las cachas,
¡zas! Me lo pilla al cabo y le hace hilachas,
Probando al mundo todo,
con tal horrendo modo,
Que no es inagotable la paciencia
Con la tenaz perfidia y la insolencia.

La mona y el boticario*

Un viejo boticario,
Quizá por viejo, ocioso y perdulario,
Pero de sano juicio,
Tiene una joven presumida mona,
Que por vana, coqueta y juguetona,
Cien y cien veces le causó perjuicio.
Mas por nada el buen hombre escarmentado
Deja otra vez sin llave ni candado
De la botica la movible puerta:
La ve la mona, corre, da un empuje
Y el débil gozne cruje
Dejando luego una rendija abierta.
Sin que nadie la advierta,
Entra por ella el animal travieso
Y cual ratón va de queso en queso,
¡Oh! ¡Qué gloria! Ligero va saltando
Por andamios, por botes, por vasijas
Que destapa, que mira y que va botando;
No perdona ni rendijas
Que no vaya curiosa trasegando.
Halla, por fin, lo que anhelaba ansiosa;
Y es un bote previsto
De un ingrediente mixto,

* *La Democracia,* Ambato, 1855, Imprenta de gobierno, p. 435.

Fragante, blando y de color de rosa,
Item, más un espejo
Donde se mira el arrugado viejo.
Sentada en un estante
Del espejo delante,
Unta la mona, presumida y vana,
En su redonda faz llena de lana,
Aquel menjurje y piensa que ya tiene
Lo que a toda madama le conviene
Para ser más amable y más bonita.
Pero entre tanto el boticario viene.
¡Adiós gustos! La mona va de rota,
Suelta el espejo y la pomada bota,
Salta, corre, se asusta, gruñe y grita.
La casa se alborota,
Los muchachos acuden y aun se aleja,
La cocinera vieja, el fogón y las ollas abandona
Por ver también a la afeitada mona;
Todo el mundo se ríe y la desprecia,
Todos se mofan y la llaman necia;
Solo el amo le dice en voz suave:
No esperes, mona mía,
Encontrar quien alabe
Vuestra locura
Y vil coquetería;
Si ser quieres más bella,
Más graciosa,
Sé natural, sencilla y pudorosa.

Y vosotras, ¡oh, jóvenes queridas!,
Si ser queréis de todos celebradas,
Las pinturas no uséis ni las pomadas
Que tenéis escondidas
Allá en lo más secreto del armario,
Sin consultar primero al boticario.

El consejo de los animales*

Entre las ruinas de un castillo viejo
Reuniéronse en consejo,
El perro, el mono y otros
Cuyos nombres omito
Por no importar un pito
Ni al que escribe, lectores, ni a vosotros.
Es el caso en sustancia
Que en la sesión presente
Se trataron cuestiones de importancia.

A la ley obediente
Y a la voz magistral del presidente.
El señor secretario, que era el mono,
Desdobló un papelón y en grave tono
Leyó una petición de los ratones
En la cual suplicaban,
Con fundadas razones,
Que prohíba el consejo a todo gato
Hacer de ellos su plato.
Nosotros, terminaban,
Os pedimos, señores concejeros,
Que mandéis que los gatos carniceros
Se mantengan desde hoy con sabandijas,

* *La Democracia.*

Por ejemplo, que coman lagartijas
Y nos dejen andar en los graneros
Y habitar con quietud nuestras rendijas.

Calló el mono por fin, y el perro dijo
En un largo discurso y muy prolijo
Que tenían justicia los ratones:
Todos también con él se convinieron
Y sin más discusiones
En favor de ellos el decreto dieron.

Y luego, ventilada
Esta y otra cuestión no muy sencilla,
Sonó la campanilla
Y la cuestión se dio por terminada.

Más he aquí que habiéndose reunido
Otra vez el consejo, al cuarto día,
Después que aquel decreto referido
Publicado se había,
Una porción se ve de lagartijas
Que dejan sus rendijas;
Y corren en tropel
Y se presentan
Al «muy ilustre cuerpo», y con prolijas
Y aun menudas razones, dicen, cuentan
Y repiten mil veces

Y cada vez con creces
Las gatunas maldades; y concluye
Una de ellas pidiendo se revoque
El decreto fatal que las destruye,
Y que más a los Ratones toque
La suerte de morir entre los dientes
De estas hambrientas gentes.

Razón, razón dijeron al instante
Todos los consejeros,
Revóquese el decreto,
Que mueran los ratones.

Asistió, por fortuna, el elefante,
Animal más discreto,
A esta sesión y echándoles un reto
Les dijo: —compañeros,
¿es el consejo un corro de muchachos
Sin reflexión, carácter ni firmeza?
Vosotros aceptáis proposiciones
Y proyectos sin pies ni cabeza.
Y luego, sin pasar a discusiones,
Dais mil disposiciones,
Y los decretos revocáis hoy día
Que dictasteis ayer o antes de anoche,
Y todo, en fin, tratáis a troche y moche:
Y lo poco que hacéis de bueno y útil

Con lo malo borráis y con lo fútil.
Ea, pues, ya es preciso
Que en orden marchéis y en progreso.

Dicen que el elefante
Consiguió lo que quiso:
Y con experiencia y soso
Terminó la cuestión de los ratones
Y lagartijas y mandó al instante
Que cada uno fuese a sus rincones.
Y también nuestros Concejos
Van de estos animales no muy lejos;
¡Cuánta falta les hace un elefante!

Ambato, 1855

La avutarda*

Cuenta Iriarte que la avutarda
De ajenos huevos llenó su nido,
Y que una cría sacó bastarda;
Pero no supo, o echó en olvido,
Un grave chasco que sufrió el ave,
Chasco, por cierto, bien merecido.
Con la destreza que en ella cabe
Roba unos huevos y los empolla,
Mas de qué padres son, no lo sabe.
De vida el germen se desarrolla;
Nace... ¡qué hace! Cosa que chilla
No como pollo ni como polla...
El ave lo oye, se maravilla,
Álzase y halla... ¿Qué halla? Más de una
Pelada y parda lagartijilla.
Conozco gentes criadas en cuna
Muelle, entre muestras de amor prolijo:
Al mundo asoman y... ¡cruel fortuna!
Resultan solo... ¿Qué? Sabandijas.

1876

* *La Civilización Católica*, p.91.

Los dos almendros*

Un almendro florido
Dijo a otro almendro
Al cual muy pocas flores
Le dejó el viento:
—No te da envidia
De ver esta abundancia
De flores mías?
Vino otro fuerte viento
Y al vanidoso
Las abundantes flores
Quitó del todo;
Pero las pocas
De su hermano
Se hicieron
Frutas sabrosas.
Son las riquezas vanas
Flores de almendro,
De la fortuna expuestas
Al vario viento;
Pero la humilde
Medianía, la mano
De Dios bendice.

1876

* *La Civilización Católica*, p.95.

Los dos viejos, el muchacho y el perro*

Echó a rodar el *chupé*
El traviesísimo Pepe,
Y teniendo un buen julepe,
A trancos largos se fue.
Mas la abuela que se irrita
Al ver el potaje en tierra,
Con el perro al punto cierra
Que pacífico dormita.
El abuelo le defiende
Exclamando: ¡no a mi perro!
Ella adrede, o bien por yerro,
Al viejo la calva hiende.
Este a la vieja aporrea,
Muerde a entrambos el mastín,
Y común se vuelve al fin
Entre los tres la pelea.
En tanto, el que dio al través
Con la olla, el culpado chico,
No halla quien le cierre el pico
Y ríe de todos tres.
¿No es causa de este accidente
La injusticia de la vieja,

* *La Civilización Católica*, p.138.

Que impune a su nieto deja
Y casca al perro inocente?
Sí, pero, amigo lector,
De nada de esto te asombres:
Común es entre los hombres
De esa abuelita el error:
Se cometen injusticias,
Hay un fandango infernal,
Y el culpado principal
Se sale con las albricias.

1876

La perra chasqueada*

Mucho tiempo antes de Cristo...
(Y a fe que me he trascordado
Si el cuento me lo han contado
O en algún libro le he visto).

Creo que, en tiempo de Creso,
Cuando también sucedía,
Como sucede hoy en día,
No haber carne y no roer hueso;

Una vieja traza de hambre,
De hambre de plazo vencido,
Almorzaba un mal cocido
Y escasísimo fiambre.

Mas como es cosa corriente
Casi en toda viejecilla,
La mentada, una perrilla
Amaba perdidamente;

Y con ella su ración
Partía cada mañana,

* *El Pichincha.*

Siempre de muy buena gana,
Siempre con buen corazón.

Una vez le entró el antojo
A la perra susodicha
De almorzarse una salchicha
En vino puesta a remojo.

¡De dónde tal golosina
Le va a dar la pobre vieja!
Mas la perrilla no ceja
Y a ladridos la asesina.

—Salchicha se me ha de dar;
Salchicha con vino quiero;
Si no me la dan, prefiero
Morirme sin almorzar.

Menosprecia el *chapo* rico,
Aunque plebeyo potaje;
A la sopa hace el ultraje
De ni llegarle el hocico.

Bascas le causa el maíz;
Papas, ¡ni verlas jamás!
Y no tiene qué dar más
La vejezuela infeliz.

Tanto le apena este caso
Que al fin se muere y la perra
Se queda sola en la tierra
Y expuesta a cualquier fracaso.

En tanto la noche viene;
La tontuela está hambreada,
Y ya no hay *chapo* ni hay nada
Que la barriga le llene.

El paso es bien apretado.
¿Qué hacer? ¡Oh fiero destino!
Buscar... no salchicha en vino,
Sino cualquier bocado.

Sale, pues, lista al asunto,
Y, medio revuelto el seso,
Halla por acaso un hueso
Y ¡jam! Me le agarra al punto...

¡Vaya con el cuentecito!
Mas, doña Prudente, advierta
Que no es a usted sino a Berta
Solamente a quien lo aplico.

Usted un novio aceptó,
Que era aceptable en verdad,

Y así su necesidad
El tiempo hábil remedió;

La otra, falta de consejo,
Veinte rechazó con asco;
Se pasó el tiempo y ¡qué chasco!
Halló un tonto pobre y viejo.

¿No es esto el papel hacer
De la perrita engreída,
Que al fin por el hambre urgida
Buscó un hueso que roer?

1876

La zorra y el espantajo*

La zorra que del Busto
Dijo otro tiempo:
«¡Qué cabeza tan linda,
Pero sin seso!»,

Otra ocurrencia
También cuentan que tuvo
Muy picaresca.
Cierto muchacho puso

Sobre una tapia
Una olla por tres partes
Agujereada,
Y por adentro:

Un candil que echa lumbre
Por los tres huecos.
Noche oscura es,
Parece

Boca de lobo.
Y la zorra tropieza

---

* *El Pichincha.*

Con aquel coco;
Le ve y exclama:

«¡Ay, qué cosa tan fea!
Pero no espanta».
Conozco ciertos hombres
Que se hacen cocos,

Por infundir a gestos
Miedo a los otros;
Mas yo, al mirarlos
De la zorra me acuerdo,
Riome y paso.

1876

El árbol, las aves y los monos*

Robusto, erguido y de encumbrada copa,
En follaje opulento, en fruta rico,
Había un árbol de un desierto en medio.
A innumerable tropa
De pacíficos seres de ala y pico
Daba grata acogida,
Y pronto auxilio y eficaz remedio
A las necesidades de su vida.
Amparaba los nidos
Contra soles, y vientos y aguaceros;
Gavilanes temidos
Por él, mil veces sus instintos fieros
Vieron burlados; de su dulce fruta
La venturosa multitud disfruta.

Pero una vez cuadrilla numerosa
Asomó por ahí de inquietos monos,
Que saltando y gritando en enfadosa
Lengua decía y en variados tonos:
—¡Viva la libertad! ¡Viva el moderno
Progreso!, viva, viva,
Todo lo nuevo, ¡arriba!
Todo lo antiguo, ¡abajo! Sempiterno
Estorbo de la luz y del aire puro

* *El amigo de la familias.*

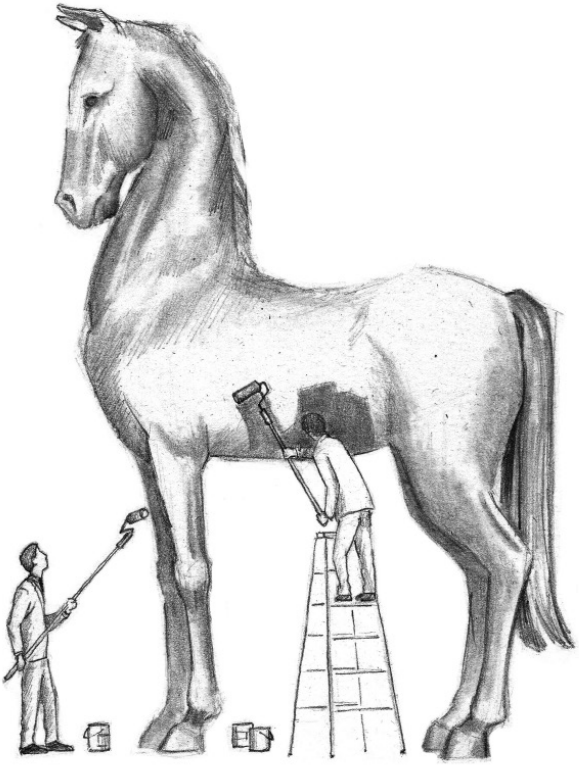
Es aqueste árbol viejo, pues ¡a tierra!
Hasta acabar con él démosle guerra
Y no pase ni una hoja a lo futuro.

Manos a la obra ponen al momento
Con afán nunca visto, y con heroico aliento
Socaban las raíces, tiran, rajan,
Tronchan, hienden, destrozan, desencajan;
Aquel para la barra es ducho y listo,
Esta para el machete;
Quien no tiene herramienta
Pretende hacer prodigios con los brazos,
O bien a dentelladas arremete;
Y así emular intentan
De los otros obreros los hachazos.

Cayó el árbol por fin. ¡Oh, qué progreso!
¡Oh, qué triunfo!... Mas ¿dónde el beneficio,
Dónde la dicha está tras el suceso
Que pregonan los monos en servicio
De las aves a término llevado,
Solo terribles han quedado.
Ruedan por tierra los deshechos nidos
Sin abrigo ninguno ni defensa
Contra las tempestades y solanas,
Vengan los pobres pájaros perdidos.
Por la llanura del desierto inmensa,
O bien de las tiranas
Aves de presa víctimas perecen;

O faltas de sustento
Mueren del hambre en el cruel tormento.

Pueblos, vosotros sois aquellas aves
Por el benéfico árbol acogidas;
Este es la religión que hace suaves
Las miserias del mundo más temidas;
Son los monos aquellos perniciosos
Hombres impíos, que en labor insana
Por destruirla pugnan afanosos;
¡qué de vosotros así a remate
Llevar pudieran su obra anticristiana!
¿Quien paz diera al hogar? ¿Cómo rescate
Hubiere del corazón que abruma pena,
O de rudas pasiones las cadenas?
¿Quién enfrenar el ímpetu del fuerte
Contra el débil pudiera? ¿Quién aliento
Al alma diera, un brazo abatida
De su terrena suerte,
Y de hambre poseída
De cosas de otro mundo y otra vida?
Pueblos, cuántos a nombre
De libertad y de progreso tienden
A arrebatar la religión al hombre.
Ni de progreso ni libertad entienden,
Ni vuestra dicha buscan
Esos seres siniestros
Que con su charla a veces os ofuscan.
Son los mortales enemigos vuestros.



El caballito de mil colores

Cuando yo era chiquitito
Mi abuelita me contaba
El cuento del caballito
Que mil colores variaba.

Pasmábame el escuchar
Cómo una bestia podía
Así su piel disfrazar
Siempre que le convenía.

¡Qué inocente era yo entonces!
¡Qué sabía yo de mundo!
Y hasta pasados mis once,
¡Oh, qué ignorar tan profundo!

Mas ahora que soy viejo
Y que tengo alguna experiencia,
De sonreírme no dejo
Al recordar mi inocencia;

Y entre varias quisicosas
Cuyo secreto me explico,

---

* *El Fénix,* p.369.

Hállanse las portentosas
Variantes del caballico.

Pues el tal fue simplemente
Un político muy diestro,
De cierta dichosa gente
El dechado y el maestro.

El girasol y otra flor

La crónica de las flores,
Que dizque un genio escribió,
Cuenta al capítulo veinte
El caso de un girasol.

Una flor, de cuyo nombre
No hace el cronista mención,
Con aquel pariente suyo
Hablando, le preguntó:

—Dígame, señor hermano,
Y perdone usted por Dios,
¿Por qué la cara voltea
Siguiendo el curso del sol?

Maliciosa la pregunta
Juzgó el otro con razón;
Mas al punto a la curiosa
Con modestia contestó:

—Mi proceder, hermanita,
No le cause admiración.

---

* *El Fénix,* p.299.

De ese astro las flores todas
Reciben luz y calor;

Y en tanto que indiferentes
Muéstranse ellas, quiero yo,
De gratitud penetrado,
Ser de todas excepción;

Y si otro modo no tengo
De pagar tanto favor,
¿No hago muy bien si constante
Siguiendo su curso voy?

A todas horas contemplo
Su belleza y su fulgor;
Él me ve desde el cielo,
Yo le doy mi corazón.

Aquí sin duda el cronista
Su moraleja sacó;
Pero síguense en el libro
Rotas fojas más de dos;

Y dice con fundamento
La popular tradición,
Que tal diablura de un quídam
Al enojo se debió;

Pues fue de aquellos que al cielo
Deben inmenso favor,
Mas nunca reconocidos
Buscan ni siguen a Dios;

Por lo cual cayó de juro
Sobre él aquella lección,
En su ánimo produciendo
Insoportable escozor.

1880

Los dos mulos

Dos mulos comenzaron
A caminar a un tiempo;
La misma era la ruta,
La carga de igual peso.

De la primera jornada
Ni la mitad hicieron,
Cuando el cansancio al uno
Me le iba ya rindiendo.

Alza apenas las patas,
Baja el hocico al suelo,
Lasas las orejotas
Llamando van al viento.

En vano surriagazos
Dale el bárbaro arriero;
Solo el rabo sacude,
Mas el paso va a menos.

El desdichado mulo
A tierra vino luego,
Y en voz lánguida dice
Así a su compañero:

---

* *Nueva Lira,* p. 70.

—Con un quintal escaso
Estás muy guapo y fresco;
Y mis catorce arrobas
Me aplastan, y me muero.

Con grande calma el otro
Contéstale: —No es eso,
Pues ni una libra pesa
Menos lo que yo llevo;

Sino que tú has vivido
Ocioso largo tiempo,
Y hobachón, no resistes
El fardo que te han puesto.

Yo que trabajo y sudo
Todos los días, puedo
Llevar el mío a cuestas
Sin rendirme a su peso.

Si el joven al estudio
Se habitúa discreto,
Su carga muy ligera
Hacerle llega presto:

Pero si al ocio dado
Desperdicia su tiempo,
Cuando estudiar pretende,
Sucumbe sin remedio.

El carnero, el cerdo y el gallo

A quien lidiar no teme con indigno
Rival infame, un cuentecito debo.
Págole (honrado soy) con el siguiente.
Si á su gusto no sale, ¡buen provecho!

Un carnero de alzada respetable,
Blanco vellón y retorcidos cuernos,
Y un cerdo á las delicias inclinado
Que toda charquetal brinda á los cerdos,

No sé por qué (supongo que sería
Por defender los públicos derechos),
En dimes y diretes se trabaron.
(¿Periodistas políticos se hicieron?)

El uno bala, el otro gruñe y muestra
Los ojos cada cual que imponen miedo;
La cerviz guedejuda el uno enarca,
El lomo eriza el irritado puerco.

La cabeza inclinando al fin el otro
Recula y busca fuerza en mayor trecho.
Y arranca á saltos, y tan rudo golpe
Da á su rival, que le derriba al suelo.

Un gallo que la escena contemplaba,
Con ironía al vencedor: —¡Qué bello
Triunfo —le dice—, has alcanzado, amigo,
Derribando de un golpe á un sucio cerdo!

El caído en su lodo, nada pierde;
Tu manchaste tu frente con su cieno.

El buitre i el cuervo

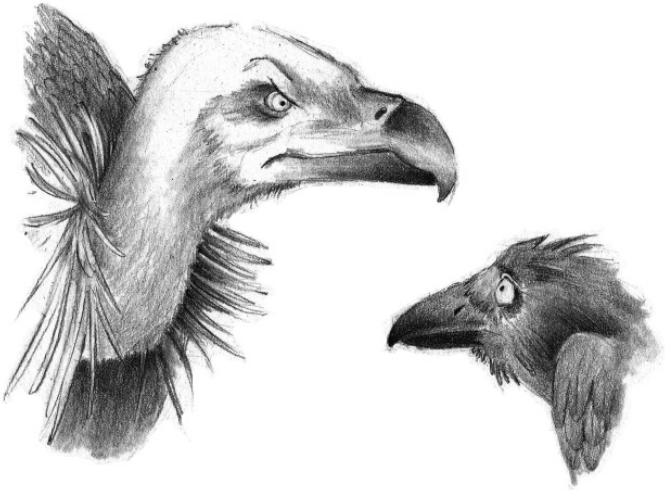
Hai también entre las aves
Mentido liberalismo;
I si, lector, no lo sabes,
Voi a probártelo hoi mismo.

Como al burro aquel caballo,
El buitre al cuervo le dijo:
«Ya no hai señor ni vasallo,
Gracias a los dioses, hijo;

Ya no hai tantas distinciones
En el volátil imperio:
¡Qué imperio! Ya las naciones
No sufren tal vituperio.

Hoi tenemos democracia,
Igualdad, fraternidad,
I la rancia aristocracia
Ya murió de necedad».

Al alado ciudadano
El buen cuervo vitoreó,
I cuatro veces de hermano:
Entusiasta le trató.



Al escuchar tal franqueza,
EI buitre encolerizado,
Por defender su nobleza,
Castigar quiso al osado.

«¡Cuervo hediondo! ¡Con que tú
Has de ser hermano mío!
Te juro por Belcebú
Romperte ese pico impío».

I a fe que lo hace, si diestro
No evita el cuervo su ruina,
I da al diablo tal maestro
De la liberal doctrina.

Entre aves esto acontece,
Entre hombres con más exceso:
La doctrina se encarece,
¿I la prueba? Ahí está el queso.

Cierto gran republicano
Liberalismo decanta;
Llámele un negro su hermano,
Ya veremos si le aguanta.

J. Leon Mera.

AEL

Programa editorial de la Academia Ecuatoriana de la Lengua

Para este libro se han usado caracteres Libre Bodoni (diseñados por Pablo Impallari y Rodrigo Fuenzalida) y EB Garamond (diseñados por Georg Duffner y Octavio Pardo), inspirados respectivamente en las tipografías de Giambattista Bodoni (1740-1813) y Claude Garamond (1499-1561). Ambas tipografías con Licencia de tipografía abierta de SIL.

Quito, Ecuador
diciembre de 2022

AEL

Programa editorial de la Academia Ecuatoriana de la Lengua

ENSAYO

Bruno Sáenz Andrade
Introducción a la obra de Julio Zaldumbide y a su correspondencia con Juan León Mera. 1833-1887

Julio Pazos Barrera
Las fábulas de Juan León Mera Martínez

Diego Araujo Sánchez
Visiones y revisiones Ensayos de lengua y literatura

Juan León Mera
Tijeretazos y plumadas. Artículos humorísticos
(con estudio introductorio «Un Juan León Mera desconocido» de Diego Araujo Sánchez)

POESÍA

Julio Pazos Barrera
La incierta percepción del tiempo

NOVELA

Francisco Proaño Arandi
Ceremonia de pólvora

La producción literaria del autor ambateño es abundante y algunos de sus títulos son textos básicos de la literatura ecuatoriana, por ejemplo: *Cumandá*, *Novelitas Ecuatorianas*, *Ojeada histórico-crítica de la poesía ecuatoriana*, *Tijeretazos y plumadas*, entre otros. Se suman a este conjunto: *Leyenda de la virgen del sol*, *Mazorra*, la antología dedicada a sor Juana Inés de la Cruz, su volumen de *Poesías*, y *Dictadura y restauración en la República del Ecuador*. No quedará al margen la más conocida de sus obras, la letra del Himno Nacional del Ecuador.

Las fábulas recogidas en esta oportunidad, basadas en los modelos estilísticos de autores neoclásicos españoles como Iriarte y Samaniego, aparecen hoy en forma de libro, realización que el autor buscó en vida.

El programa editorial de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, la institución cultural más antigua del país y la segunda de su índole en América, contempla un sostenido plan anual de ediciones de obras relativas, todas, al conocimiento, vigor, dominio y belleza de la lengua española: trabajos lexicográficos, lingüísticos, gramáticos y literarios. Estamos seguros de que el tiempo por venir no interrumpirá este esfuerzo, y podremos estar presentes siempre, con lo mejor de nuestra palabra.

Susana Cordero de Espinosa
Directora de la Academia Ecuatoriana de la Lengua

Ministerio de Educación

ISBN: 978-9942-42-977-3
9 789942 429773